

San Pedro, Guevara, Castillejo, Blasco de Garay, Luis Milán, Pérez de Moya, Huarte de San Juan, Miguel de Baeza (*Arte de la confitería*), fray Juan de la Cerda y algunas composiciones del *Cancionero general*. El *Llibre de les dones* de Francesc Eiximenis está registrado dos veces: s. v. "Eximeniz, Francesch, *Le libre de la dones*", y s. v. "Ximenez, Francesch. *Le libre de les dones*"; el Arcipreste de Talavera, también dos veces: s. v. "Martínez de Toledo" y s. v. "Talavera, Hernando da"; "Ulloa, Alfonso de" aparece como autor del *Processo e cartas de amores* [de Juan de Segura]. En la descripción de los *Coloquios matrimoniales* de Pedro de Luxán [Sevilla, 1550] se da como lugar de impresión la ciudad de Acabaronsea, surgida seguramente de las palabras del colofón "Acabáronse a . . ." Por lo demás, en estos títulos suele aparecer una señal que indica que Miss Kelso no ha leído los libros; es lo que ocurre, por ejemplo, con "Lione, Luigi di, *Tratatto della perfetta maritata*. . . , Venetia, 1595". (La ausencia de fray Luis de León es, desde luego, la más deplorable).—M. A. VERGARA.

LUIS DíEZ DEL CORRAL, *La función del mito clásico en la literatura contemporánea*. Editorial Gredos, Madrid, 1957; 248 pp. (*Manuales universitarios*, 8).

Fuera de una fugaz alusión (p. 216) a *La tejedora de sueños* de Buero Vallejo (obra inspirada en el mito de Penélope), no hay lugar en este libro para autores contemporáneos de lengua española. Díez del Corral reconoce, con J. M. de Cossío, que los literatos españoles del siglo xx "vuelven las espaldas" a los temas clásicos (p. 141). [También LUIS CERNUDA ha escrito en *PSA*, 12 (1959), p. 166: "No puedo menos de deplorar que Grecia nunca tocara al corazón ni a la mente española, los más remotos e ignorantes, en Europa, de «la gloria que fue Grecia». Bastante se echa de ver en nuestra vida, nuestra historia, nuestra literatura"]. Se podría decir que el "mito clásico" tiene algún significado en escritores como Rubén Darío, Leopoldo Lugones y Alfonso Reyes. Pero Díez del Corral excluye de una plumada a los americanos, en el comienzo mismo de su libro (p. 20), al declarar con énfasis que el mito griego es un legado estrictamente europeo, un bien "no expropiable"; que Copenhague y Edimburgo, porciones de esa entidad mística que es el "viejo suelo europeo", se relacionan vitalmente con Grecia, mientras que Santiago de Chile o California no reciben de ella sino "un eco apagado", —curioso juicio que podrá sumarse a los que integran el ya voluminoso expediente de *La disputa del Nuovo Mondo* (de Antonello Gerbi): que en América los pájaros no cantan, que los perros enmudecen, que el hombre degenera física y espiritualmente, que no hay buenas ciruelas, que no hay filósofos, etc. En todo caso, el europeo GREGORIO MARAÑÓN en *CuH*, 26 (1956), p. 151, opinaba (aunque no sin sorpresa) de otro modo: "Es curioso que muchos americanos. . . tienen una relación con Grecia más directa que la de los europeos".

El capítulo 1 es una breve "Introducción". Los capítulos 2 y 3, intitulados "El mito antiguo y la Antigüedad como mito" y "Persistencia y transformación del mito clásico", son un resumen de las ideas de Schelling, Nietzsche, Rohde, Burckhardt, Bachofen, Cassirer, Nilsson, Kerényi, Otto, Rehm y otros muchos autores acerca del mito y lo mítico o acerca del sentido de la cultura griega. Serían muy útiles si fueran menos farragosos y retóricos (cf., por ejemplo, el largo *morceau de bravoure* de las pp. 98-104, que parece un *pastiche* de Ortega), y si el resumen fuera más sobrio y objetivo, como conviene a un "manual universitario". Los capítulos 4 a 7 estudian, finalmente, a un grupo de escritores europeos —sobre todo Mallarmé, Valéry, Rilke, Gide, Sartre, Anouilh y Eliot (este último americano de nacimiento, pero absuelto a medias, p. 133)— en su relación con el mundo clásico. El mejor de estos estudios es quizá el dedicado a Rilke (pp. 141-175), que parece bastante completo y sensato. Díez del Corral amplía a menudo lo dicho por GILBERT HIGHET, a quien conoce a través de mi

versión castellana (*La tradición clásica*, México, 1954). [En varios lugares observo, por cierto, no sólo que se ha omitido la mención de Highet, sino también que faltan comillas en trozos tomados literalmente de esa traducción: v. gr., p. 12, "Jóvenes y muchachas. . ." (= Highet, t. 2, pp. 159 y 111); p. 13, "porque Temístocles. . ." (= Highet, 2, 161); p. 111, "El fauno simboliza. . ." (= Highet, 2, 312)]. Justo es reconocer, en elogio de Díez del Corral, que no abundan los libros de autores de habla española en que se preste tal atención a las literaturas extranjeras contemporáneas.

Hay en este libro varios aspectos que pueden ser desorientadores. Me limitaré al que considero más grave. Está muy bien exponer en un "manual universitario" los valores del mundo griego, pero resulta asombrosamente ingenuo censurar a un Frazer o a un Mircea Eliade, estudiosos del "mito" como constante del espíritu humano, porque los bellísimos mitos griegos "se codean", en sus obras, con mitos "de la peor extracción" (polinésicos, africanos, ¡centroamericanos!), como también ridiculizar el *magnum opus* de Toynbee porque en él "la cultura helénica no es más que una unidad en una serie de *veintiuna*, en la que, sin embargo, ¡cuatro puestos están reservados a las «civilizaciones» precolombinas!" Ciertamente, no da muestras de haber comprendido la finalidad de las investigaciones de Frazer, Eliade y Toynbee quien los acusa de una "actitud subversiva contra los valores más excelsos del mundo occidental" (pp. 31-33; cf. también pp. 70-75).

Desde otro punto de vista, impresionan desfavorablemente ciertas formas híbridas o mal asimiladas de nombres griegos: "los faunos increpaban a Proteus" (p. 140), "Stesícoro e Ibicos" (p. 73), *Ifigenia in Aulis* (p. 84), "Amphion" (p. 115) y "Amphyon" [!] (p. 130), etc. [También *Stephan* (por Stefan) George, p. 142].—A. ALATORRE.

FERRAN VALENTÍ, *Traducció de les "Paradoxa" de Ciceró. Parlament al Gran e General Consell*. Text, introducció i glossari de Josep M^a Morató i Thomás. Barcelona, 1959; 163 pp.

La personalidad de Ferran Valentí (a quien Amador de los Ríos llamaba Fernando de Valencia) fue plenamente identificada por Gabriel Llabrés. Descendiente directo de uno de los conquistadores de Mallorca, Valentí Sestorres, nació en la capital de la isla a principios del siglo xv y allí murió en 1476. Doctor en Leyes, en Florencia hubo de ser discípulo de Leonardo Bruni d'Arezzo. Su entusiasmo por las letras clásicas (dio a sus hijos los nombres de Teseo, Hipólita, Fedra, Polixena y Lucrecia) y por el Derecho Romano hace de él un representante característico del Renacimiento. El señor Morató, que había consagrado a Valentí su tesis doctoral (Universidad de Barcelona, 1955), publica ahora, en muy cuidada edición y con abundantes notas y comentarios, la traducción de los *Paradoxa* ciceronianos y otros textos del escritor mallorquí.

La traducción de Cicerón fue acabada por Valentí hacia 1450. Se conoce únicamente en el ms. 1029 de la Biblioteca de Cataluña, copia de la última década del siglo xv, cuyas vacilaciones entre las vocales átonas *o*, *u* (*costum/custum*, *abondant/abunder*, etc.) sitúan al escriba no en Mallorca sino en el área continental del catalán oriental. El texto latino usado por Valentí, seguramente algo defectuoso, pertenecía a la familia representada hoy por el códice 189 de Viena; a la misma familia pertenecía también el texto editado por Rosenbach en Barcelona, 1528. Así lo pone de manifiesto Morató, colacionando las variantes en el Apéndice I.

Valentí parece más preocupado por dar a conocer fielmente el pensamiento ciceroniano que por la belleza literaria de su traducción. Su estilo es pobre, carente de recursos y premioso: por el empleo constante de sinónimos, redundancias y perifrasis (acaso debido a un deseo de precisar el sentido o de aclarar